

La presencia de alemanes y de divisiones italianas en los frentes de combate ha borrado del panorama de nuestra lucha el carácter de guerra civil que hubiera podido tener la contienda contra Franco y sus cómplices. Todo esto ha pasado a segundo plano. Hoy el pueblo español—¡vergüenza de los que naciendo en nuestro suelo han contribuido a este estado de cosas!—lucha como en 1808, contra el invasor. ¡En pie todos los auténticos españoles por la independencia de nuestra patria! ¡España no será Abisinia! ¡Madrid no será Addis-Abeba!

Las manos

Dos especies de manos se enfrentan en la vida,
brotan del corazón, irrumpen por los brazos,
saltan, y desembocan sobre la luz herida
a golpes, a zarpazos.

La mano es la herramienta del alma, su mensaje,
y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.
Alzad, moved las manos en un gran oleaje,
hombres de mi simiente.

Ante la aurora veo surgir las manos puras
de los trabajadores terrenos y marinos,
como una primavera de alegres dentaduras,
de dedos matutinos.

Encallecidas pobladas de sudores,
rumbosas las venas desde las uñas rotas,
constelan el espacio de andamios y clamores,
relámpagos y gotas.

Conducen herrerías, azadas y telares;
muerden metales, montes; raptan hachas, encinas,
y construyen, si quieren, hasta en los mismos mares
fábricas, pueblos, minas.

Estas sonoras manos oscuras y lucientes
las reviste una piel de invencible corteza,
y son inagotables y generosas fuentes
de vida y de riqueza.

Como si con los astros la niebla peleara,
como si los planetas lucharan con gusanos,
la especie de las manos trabajadora y clara
luchó con otras manos.

Feroces y reunidas en un bando sangriento,
avanzan al hundirse los cielos vespertinos
estas manos de hueso lívido y avarento,
paisaje de asesinos.

No han sonado; no cantan. Sus dedos vagan roncós,
mudamente aletean, se ciernen, se propagan.
Ni tejieron la pana, ni mecieron los troncos,
y blandas de ocio vagan.

Empuñan crucifijos y acaparan tesoros
que a nadie corresponden sino a quien los labora,
y sus mudos crepúsculos absorben los sonoros
caudales de la aurora.

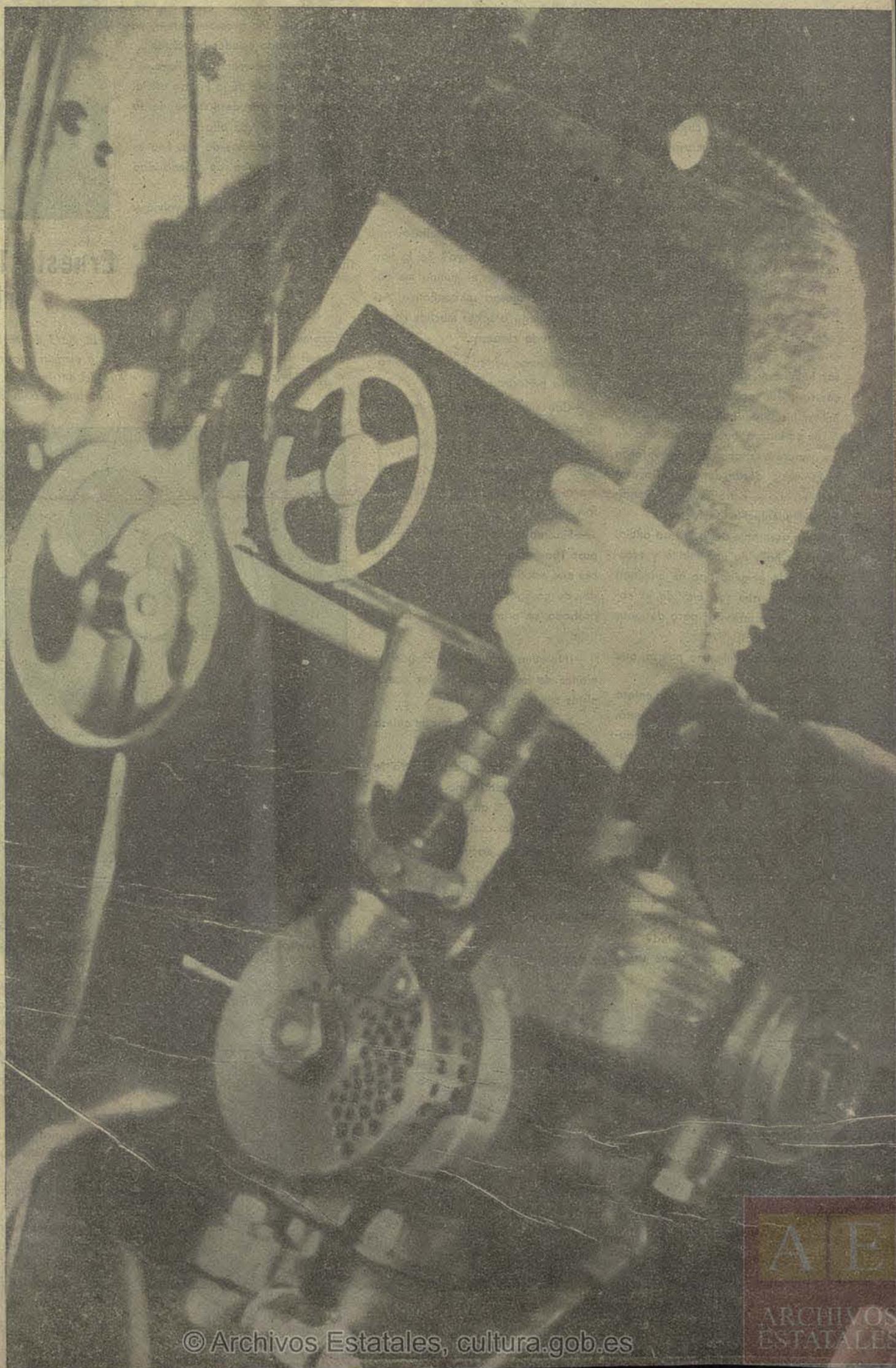
Orgullo de puñales, arma de bombardeos,
con un cáliz, un crimen y un muerto en cada uña;
ejecutoras pálidas de los negros deseos
que la avaricia empuña.

¿Quién lavará estas manos fangosas que se extienden
el agua y la deshonran, enrojecen y estragan?
Nadie lavará manos que en el puñal se encienden
y en el amor se apagan.

Las laboriosas manos de los trabajadores
caerán sobre vosotras con dientes y cuchillas.
Y los verán cortadas tantos explotadores
en sus mismas rodillas.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Madrid, 15 de febrero de 1937.





Con Thaelmann en Moabit

Un grupo de periodistas visitó la gran cárcel preventiva de Berlín-Moabit. Se hallaba entre ellos un representante de la Prensa oficial, que ostentaba una cruz gamada en la solapa de la americana y cuya conducta bulliciosa causó mala impresión en los más de los periodistas.

Exclamó: «Verdaderamente, esta habitación es demasiado buena para los presos. Podría decirse que esta cúpula de cristal que corona la estrella, aventaja la del Reichstag.»

Era enfadoso oír hablar aquí del Reichstag.

«No veo—continuó—que los presos que están aquí tengan aspecto de pasar hambre y de ser maltratados. Al contrario, un poco más de apostura militar les sentaría bien.»

Los periodistas subieron por una de las numerosas escaleras y atravesaron el corredor, desde donde podía atalayarse abajo, a través de las rendijas del puentecillo de hierro.

El representante de la Prensa oficial movió la hoja de una mirilla y escudriñó: «Un genuino tipo de criminal! Es probable que sea uno de la comuna!» (expresión nazi para designar a los comunistas).

Se detuvieron ante una puerta, que abrieron.

Un hombre recio, calva por entero la cabeza y ojos claros, se levantó.

—¿Es usted Thaelmann, antiguo caudillo del partido comunista de Alemania?—preguntó, respetuoso, un periodista.

—Sí.

—Se nos ha concedido el permiso de visitarle y de interrogarle sobre algunas cuestiones.

Thaelmann no parecía muy satisfecho, pero aguardaba.

—¿Le han vapuleado a usted?

—No. Pero ¿por qué viene usted

aquí? Vaya a los sótanos de las Secciones de Asalto; allí encontrará millares de personas que han sido maltratadas.

—¿Cómo sabe usted eso?—exclamó el representante de la Prensa, al tiempo que daba un paso hacia él—. Usted nos quiere inducir a creer en atrocidades, mientras que usted no puede saber nada.

Thaelmann le miró, desdeñoso:

—¿Por quién lo sé yo? Se lo voy a decir: aquí todo el mundo me conoce y me otorga su confianza. Así es como llevo a saber muchas cosas, pese a toda clausura.

—¿Podemos ver su celda?—interrogó otro periodista.

—Con mucho gusto. ¿Por qué no?

—Buena habitación, bien ventilada—dijo el representante de la Prensa—. Debe usted reconocer, señor Thaelmann, que le han guardado miramientos.

—Si usted habla de miramientos—repuso Thaelmann—, eso significa entonces que usted afirma que soy merecedor de castigo. Pero esto precisa ser probado, en primer lugar ante la Justicia.

—¡No querrá usted asegurar que los planes de insurrección de los comunistas son una patraña!

—Eso precisamente es lo que quiero afirmar.

Thaelmann sonrió, pues el otro le proporcionaba tan buena ocasión para responderle. El otro, en cambio, se enojó tanto, que casi aulló:

—Ya verá los documentos que se han encontrado.

—Mucho me alegro. No será difícil probar que no son auténticos.

Tal conversación impacientaba más y más al empleado que nos conducía.

—Señores—dijo groseramente—, ya han cuestionado ustedes bastante.

La celda fué cerrada con llave.

El representante de la Prensa oficial sentía prurito por desquitarse de su derrota. Dijo en voz alta:

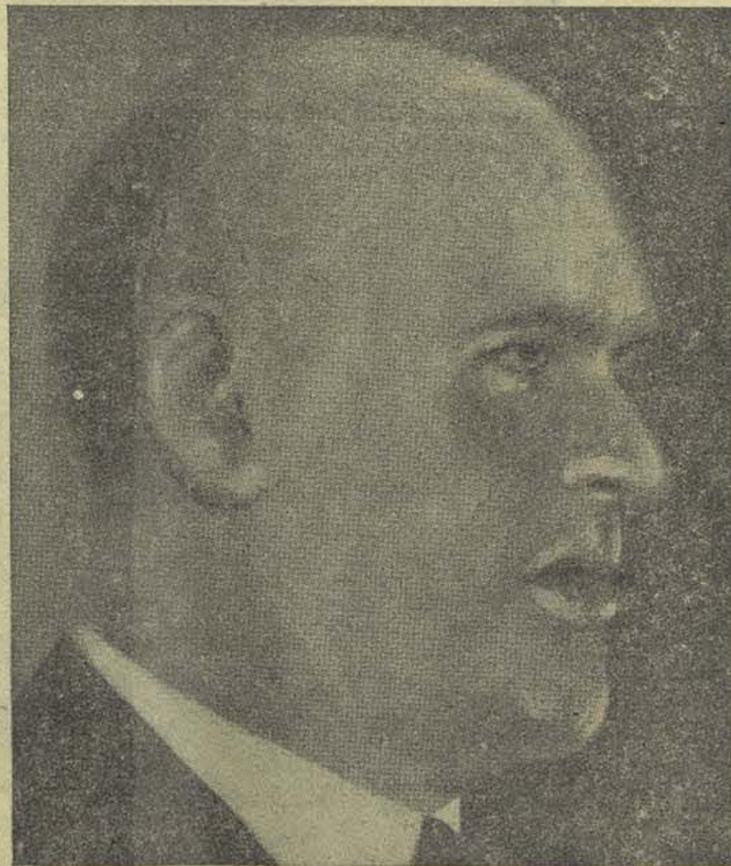
—Lo que acabamos de ver, ¿no es una terrible prueba de inferioridad humana?

Un señorete con gafas se volvió y le dijo:

—Me deja suspenso la valentía de Thaelmann.

Ludwig RENN

Fragmento de *En vísperas de grandes transformaciones* (Ed. Oprecht, Zurich), novela escrita por Ludwig Renn antes de su llegada a España.



Ernesto Thaelmann lleva cuatro años prisionero del fascismo

El día 3 de marzo de 1933 el fascismo alemán encarceló al querido jefe del antifascismo, camarada Ernesto Thaelmann, bajo la acusación de "alta

deteniendo y expulsando a sus abogados defensores y acumulando infamias sin cuento no han abatido el espíritu de lucha del camarada Thaelmann.

Por el contrario. Es el fascismo el que no se atreve a celebrar el proceso por temor a un nuevo golpe como el de Leipzig. Todavía perdura el gesto magnífico y acusador de Dimitroff, y para nadie es un secreto que el proceso Thaelmann sería otra grandiosa batalla ganada al fascismo internacional.

Los combatientes españoles, las mujeres y los hombres que trabajan en la retaguardia deben tener presente en sus luchas y en sus actividades al camarada Ernesto Thaelmann. Derrotando al fascismo en España se le inflige un rudo golpe en el mundo entero. Hay que luchar con más denuedo aún contra nuestros invasores, pero al propio tiempo recordar a los prisioneros de todos los países, moviendo todas las fuerzas para conseguir su libertad.

El cuarto aniversario del encarcelamiento de Thaelmann pone ante los españoles honrados la tarea de terminar con el fascismo en España y de conquistar la libertad de los millares de antifascistas que sufren en las prisiones y campos de concentración.

Nosotros, que diariamente recibimos magníficas pruebas de solidaridad internacional, hemos de unir a nuestra lucha diaria los gloriosos nombres de Thaelmann, Prestes, Rakoski, Anna Pauker, Pesenti y de los centenares de millares de hombres y mujeres víctimas de la barbarie fascista en el mundo entero, poniendo la mayor energía en el combate para terminar con los enemigos de la democracia, de la cultura y de la civilización.

EL COMITE EJECUTIVO DEL SOCORRO ROJO INTERNACIONAL.

VISADO POR LA CENSURA

ARCHIVOS ESTATALES

traición" y de "conspiración contra la seguridad del Estado".

Desde entonces la Gestapo, los confidentes y provocadores y el "Tribunal del Pueblo" trabajan infatigablemente por encontrar pruebas que permitan asesinar legalmente a Thaelmann. Pero en vano; la única acusación, la única prueba que obra en poder del fascismo es la de que Thaelmann ha luchado con abnegación y entusiasmo por la libertad del pueblo alemán y contra sus opresores.

Cuatro años encerrado en la prisión de Moabit, sometido a vejaciones humillantes, sin recibir visitas, sin prensa ni correspondencia con el exterior,





SEMBLANTES DE ESPAÑA

MÁS ALLA DE LA GUERRA

REFUGIADOS DE EXTREMADURA

Llevábamos largo tiempo rodando sobre el desierto pétreo de Aragón. Preguntábamos: «Y más allá, ¿son ellos o los nuestros?» Las respuestas de los campesinos eran patéticas y confusas. Maldecían de los fascistas y nos ofrecían botas de vino. Los chicos gritaban, puño en alto: «¡No pasarán!» A cada cruce de carretera preguntábamos: «¿Quién está más allá?» Un campesino, con el pecho al descubierto, sobre el que blanqueaba un pelo chamuscado, levantó su horquilla y respondió: «Más allá es la guerra.»

Los pueblos iban desapareciendo. Las piedras amontonadas parecían ruinas de arquitectura prehistórica. La noche se espesaba rápidamente. Resplandores de fuego cruzaban la oscuridad. A lo lejos tronaban los cañones. Los faros se ahogaban en columnas de polvo. De pronto, el coche se detiene. En vano buscamos con la vista un ser humano. Al fin percibimos una choza entre las rocas. Alguien gritó con voz temerosa y malhumorada: «¡La consigna!» Nosotros respondimos: «¡Vigilancia en todas partes!» No conocíamos la consigna de este sector, y repetimos sin certeza, pero con insistencia, una vieja consigna. En torno había montones de piedras. Yo pregunté a mi compañero, Jaime Miravillas: «¿Quién son éstos?» El sacó el revólver de la funda. Agazapados en las rocas, unos hombres nos apuntaban con sus fusiles. El miliciano que iba sentado junto al chofer comenzó a renegar. Dejó su fusil y se dirigió solo hacia las piedras. Nosotros oímos su voz: «¡Vaya, si son de los nuestros!» Los campesinos estallaron en una risa gozosa. Uno dijo: «Es la sexta noche que llevamos aquí.» Nosotros preguntamos: «¿Dónde está ahora el frente?» Ellos no supieron contestar. Para ellos, el frente estaba en todas partes.

ESTO HAY QUE DEFENDERLO!

Un viento frío ahuyentó el tufo. Los campesinos se envolvieron en sus mantas ajedrezadas. «¡Id a acostaros», dijo Jaime Miravillas. Pero ellos contestaron: «No, tenemos que montar la guardia.» Nos dijeron que en el pueblo hubo cuatro fascistas. Un anciano los nombró a todos y escupió con amargura. Nos dijeron que el propietario era un marqués y que su administrador abusaba de las chicas del pueblo. Nos dijeron que el cura, al escapar, había perdido, cerca del molino, una cruz y un broche de mujer. Nos dijeron también que los campesinos tenían ahora una buena trilladora. Habíendose apoderado de la tierra del amo, organizaron un koljós. El viejo dijo: «¿Sabes tú lo que nos pagaba el administrador? Cincuenta céntimos por día. La carne no la probábamos sino cuando había una boda. Y ahora...» Luego dijo: «Han venido el domingo. Un tipo vestido de paisano gritó: «¡Santiago!» Era su consigna. Han matado a Ramón. Han matado dos mulas. Pero nosotros tiramos desde allí, ¿ves?, y echaron a correr. ¡No, esto hay que defenderlo!»

El anciano me dió un golpe suave en el hombro y dijo: «De aquí a Bujaraloz, 12 kilómetros. La consigna es: «¡Todos los fusiles, al frente!» En el momento que partíamos, un chico apareció en la oscuridad. Gritó: «¡No pasarán!» Acaso fuese el hijo de Ramón. Rodamos de nuevo sobre el desierto pétreo. Detrás y delante se agitaban las sombras. Ellas guardaban la vida.

Yo había visitado Malpica en la primavera de 1936. Los campesinos miraban con ojos furiosos al castillo del duque de Arión. Este castillo se elevaba sobre el pueblo como una fortaleza. Los campesinos me hablaron de sus esperanzas. Habían recibido la tierra a pagar a plazos. La laboraban en común y llamaban a su propiedad con un nombre incomprensible, pero que les era muy querido: «koljós». El Gobierno había exigido ciento diez mil pesetas. Los campesinos morían de hambre, pero se negaban a someterse. Echaban pestes contra el duque de Arión y hablaban de mi país con cariño.

Vuelvo a Malpica una cálida tarde de septiembre. Sobre los arriates brillaba el oro de melones enormes. Los milicianos, mineros de Ciudad Real,



pescaban con la dinamita. De vez en cuando pasaban sobre el pueblo aviones enemigos. El frente estaba muy cerca y nadie sabía cuál sería al día siguiente la suerte de Malpica. En una pradera humeaban los fuegos encendidos por los refugiados de Extremadura. No habían podido salvar de los facciosos sino sus vidas y sus reñcores.

Me encuentro con viejos amigos. Se hallaban ahora a la entrada del pueblo, armados de fusiles. Al verme levantaron los puños, y el alcalde, viejo campesino afeitado, con profundas arrugas en torno a la boca, me dijo: «¡Salud, Ehrenburg! Ahora te vamos a llevar al castillo.»

EL CASTILLO DEL DUQUE DE ARION

Entraron por la vieja puerta como vencedores. El alcalde llevaba un candelero de cobre con un trozo de vela. Yo he visto cómo había vivido el duque de Arión. Solamente en Malpica había poseído veinte mil hectáreas, pero carecía de imaginación. Había decorado su castillo con estatuillas vulgares. En las cacerolas y orinales estaban grabadas sus armas. Tenía en el castillo 180 cacerolas de todas las especies, pero no tenía un solo libro.

El duque de Arión venía a Malpica en otoño; organizaba grandes cacerías y llevaba las estadísticas de las liebres que mataban. Rezaba ante una virgen de yeso con enaguas de terciopelo. La sala más suntuosa del castillo era la sala de baño, amueblada, no se sabe por qué, con tres butacas. En un cuadro dorado se guarda la memoria de la cacería real del 8 de agosto de 1913; este día había cazado liebres su majestad el rey de España, su alteza el príncipe Jenaro y el señor del castillo, duque de Arión. Fué el más grande acontecimiento en la vida del hombre que gobernó Malpica.

En diciembre partió el duque; pasó el invierno en París o en Biarritz. Los campesinos no iban a ninguna parte. Comían garbanzos y maldecían su suerte. El duque de Arión pagaba a los campesinos que laboraban sus campos una peseta diaria. El sostener un perro le costaba al duque dos pesetas diarias. «Y el duque, ¿cómo vivía?», pregunté yo al alcalde, al tiempo que acercaba el candelero a los orinales. El alcalde respondió: «Mal. Hasta los perros se burlaban de él.»

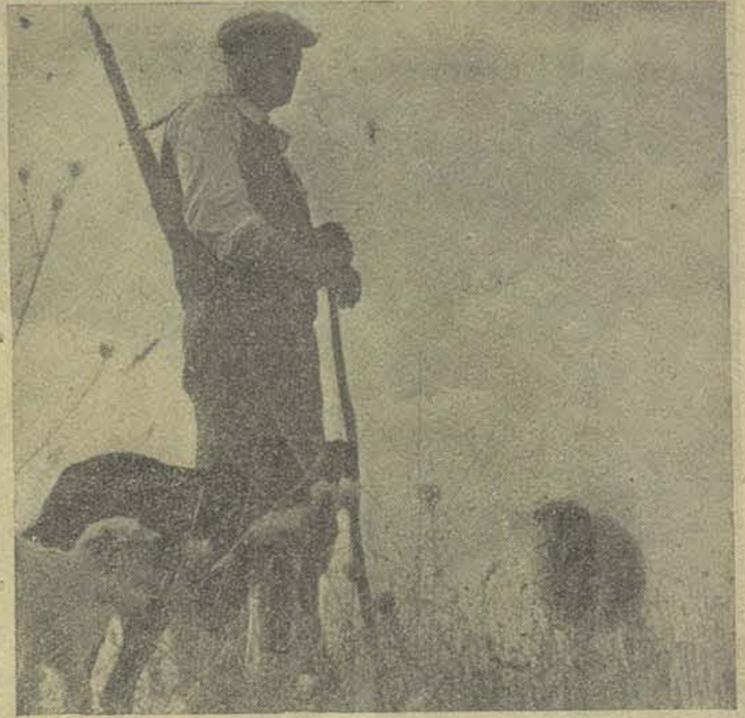
Cuando salimos del castillo, el alcalde moja con saliva una hoja de papel, la pega a la puerta y firma: la propiedad del pueblo quedaba sellada. Miramos al Tajo, que amarilleaba bajo la colina. Los mirtos del jardín embalsamaban el aire. Una paz inmensa se apoderaba de los hombres.

—Ahora viviremos de otro modo. ¿No has leído que el nuevo ministro de Agricultura es un comunista? Es uno de los nuestros; él no nos va a exigir diez mil pesetas. Este año pagaremos jornales de seis pesetas diarias. Si...»

El alcalde no terminó la frase. En la oscuridad brillaban los fusiles de los campesinos. «Catorce de nuestros hombres están en el frente. Partirían todos, pero un camarada que vino de Madrid nos dijo que hicéramos la recogida.»

Nos detuvimos ante el jardín. El olor espeso del Sur daba vértigos. El alcalde dijo luego: «Este castillo no nos sirve de nada. Escribiremos al Gobierno que lo dé a los escritores. Aquí podrán trabajar, y en este pueblo todo el mundo quiere leer libros.»

Estreché su mano grande y nudosa. Detrás de los fusiles y de los mirtos, el cielo era de un anaranjado denso; los arbores de Talavera, incendiados por las bombas, ardían...



¡QUE HOMBRES!

Por la mañana, temprano, los milicianos instalaron al servidor de ametralladoras, Williams, cerca de la ventana. Allí permaneció hasta la tarde. Su pierna rota descansaba sobre una silla. Miraba a los chicos, que debajo de la ventana se lanzaban al asalto de un alcázar imaginario. Williams esperaba el regreso de los aviadores. Oprimido de emoción, pregunto: «¿Quién ha trabajado hoy?» Decía: «Debieron descender a cuatrocientos metros...» Sus ojos eran de un azul pálido; no se ven ojos así en Madrid. Era inglés y comunista. Me dijo: «Es idiota; ¿por qué he de permanecer aquí? La pierna no tiene importancia. Sólo necesito mis ojos y mis manos. Hoy diré al médico que tengo que volver al trabajo.» Dos españoles se acercaron a nosotros. Nos contaron cómo veinte campesinos, armados de mosquetes, habían atacado a un tanque enemigo cerca de Escalona. Williams relampagueó y dijo en voz baja: «¡Qué país! ¡Qué hombres!»

¡HAN MATADO A PEDRO!

Me dirijo al centro de la Brigada Motorizada, que se hallaba en el palacio del duque de Medinaceli. En las vastas caballerizas había calesas con viejas armas, entre las ametralladoras. Me fijo en una campesina con un zagalillo. Lba tocada de un pañuelo negro. Su rostro, arrugado y seco, tenía una expresión de serenidad. Tardé un instante en darme cuenta de que le caían las lágrimas. Dijo con dulzura: «Han matado a Pedro. Yo me llevo al chico...» El pequeño miraba con entusiasmo a las ametralladoras. Luego, la mujer se sentó en un banco de mármol, y después de mojar el hilo con saliva se puso a coser la camisa de su hijo.

EL MILICIANO CIEGO

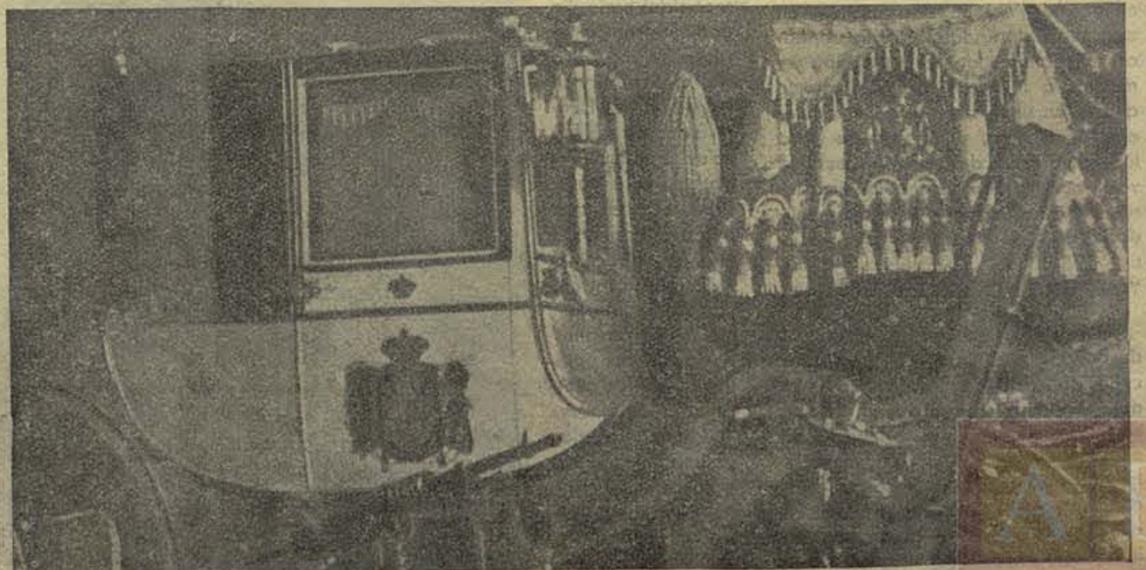
En una sala inmensa, entre los maniques de caballeros, cuyas corazas daban resplandor, leían los milicianos

«Mundo Obrero». Estaban vestidos de blusa azul. En el despacho del duque se había instalado la Redacción del «Boletín de los Milicianos». Un hombre de voz ronca, todavía cubierto del polvo de Talavera, dictaba: «Es indispensable la más estricta disciplina...» En un diván dormía un oficial. Hacía apenas una hora que había vuelto del frente. En su sueño, movía los labios como un niño.

Voy más allá. En otro tiempo, se recibía aquí a los invitados. Delante de un piano de cola estaba sentado un miliciano de gafas negras. Su pecho estaba condecorado por dos estrellas. Tocaba sucesivamente «La Internacional», obras de Grieg y piezas de flamenco. Luego se levanta y se dirige hacia mí. Dijo sonriendo: «Con un ojo, puedo distinguir todavía el día de la noche. Ha sido en Somosierra...» Yo ignoraba qué debía decirle a un hombre que acababa de perder la vista de los dos ojos. Me puse a hablarle de música. El recurso era convencional y estúpido. El no respondió. Después de un momento de silencio, dijo: «En Rusia habéis inventado muchas cosas nuevas. Tú sabrás, tal vez, lo que puede hacer un hombre sin ojos. Si no se puede ir al frente, entonces, aquí... Mis dedos se han hecho mucho más ágiles. Puedo montar un motor. O hacer abusos...»

Otros milicianos se acercan a nosotros. Hablaron de la potencia de la aviación enemiga, de los combates cerca de Córdoba, de la muerte heroica de un pequeño Pepe que hizo saltar un hangar. Uno de los milicianos dijo: «Hay que aprender a morir.» Entonces, el ciego montó en cólera. Dió un puñetazo en la mesa, donde un chinito de porcelana comenzó a temblar. «Es absurdo. ¿Por qué hablas tú de muerte? En España todo el mundo sabe morir. Ahora, lo que hace falta es otra cosa: aprender a vivir, ¿comprendes? Aprender a vencer.» Se enjugó la frente con la manga y añadió dulcemente: «Acaso yo pueda regresar al frente... Puedo cavar trincheras. Hacerlas saltar a la dinamita...»

Ilya EHRENBURG





Desde la línea de fuego a la retaguardia activa

ANTECEDENTES HEROICOS

La Jornada Internacional de la Mujer, esa fecha que pone en movimiento al elemento femenino del Mundo entero que lucha por sus reivindicaciones y por una sociedad más justa en la que la guerra no sea su constante amenaza, se celebró anteriormente en España, cuando algunas de nuestras camaradas habían ya pagado su tributo heroico a la lucha antifascista.

Una de ellas, Juanita Rico, fué víctima dos veces del odio de clase, porque era obrera y militante socialista, en una época en que, para los que detentaban el Poder, esto era un delito imperdonable. Por eso la asesinó en su carne un señorito fascista. Por eso escarneció su memoria un Tribunal vendido al fascismo.

Otra, Aida Lafuente, «libertaria», empapó con su sangre comunista la tierra de la gloriosa Asturias en el octubre imponderable, cuando ya no quedaban en su ametralladora balas con que abatir vidas de Regulares.

Y tantas más, anónimas, que perdieron su vida o recibieron el cuerpo mutilado del compañero o de los hijos sin verter una lágrima, pero apretando el puño amenazador que habrían de descargar inexorablemente sobre los asesinos de los hombres libres.

Aquella breve, pero intensa preparación de nuestras mujeres tenía que dar el magnífico resultado que todos conocemos. Así ha sido posible, en esta nueva Jornada Internacional, hacer un balance de la aportación femenina a la lucha actual, balance que es un título de gloria para quienes lo ostentan, y un estímulo para las camaradas de otros países que viven nuestra hora con el máximo interés y prestándonos la mayor solidaridad.

Y AQUELLA NOCHE DE JULIO...

La voz de «Pasionaria», multiplicada por los amplificadores, llenaba las calles de la ciudad. Los transeúntes se detenían para escucharla; en las casas, los pocos que permanecían en ellas no se separaban de las aparatos de radio. Era preciso conocer exactamente la gravedad de la hora que Dolores no trataba de ocultar; indispensable estar al corriente de la consigna justa en aquellos momentos. En aquellos momentos en que

esta voz femenina, popularizada en horas, servía de aglutinante para aunar la voluntad de lucha de los ciudadanos madrileños.

A la misma hora, en la madrugada incierta, numerosas muchachas de las Juventudes, organizadas por una camarada animosa, Aurora Arnáiz, detenían con sus pistolas los coches que podían conducir amigos, o en los que acaso se agazapasen la traición y la muerte. El «mono» azul de Aurora se destacaba de la acera, perfilándose ante los faros del auto, mientras

en la calle inmediata sonaban firmes los tiros de un fusil recién adquirido y cobardes los de alguna pistola emboscada.

Pronto, aquella noche quedó supeada por días que comportaban afanes infinitos. Asegurado Madrid, los frentes se desplazaban a la Sierra, donde se improvisaba, con los elementos más heterogéneos, un Ejército ejemplar de heroísmo, embrionario glorioso del gran Ejército Popular.

Estos frentes eran recorridos cada día por nuestras camaradas. Margarita Neiken sacudía con sus palabras el entusiasmo de las Milicias. Eran muy importantes las palabras entonces, que había pocas cosas más que ofrecer a los combatientes. Las frases vibrantes, las alusiones de los líderes políticos y de los jefes militares leales, sus tititán con ventaja, en ocasiones, a los elementos de combate. Los conceptos tenían calidad de municiones, y así, al fascismo atrincherado en su trai-

ción inmundicia, oponían los nuestros el verbo elocuente que despertaba en sus conciencias todos los ecos del ideal.

EN EL FRENTE

—Al principio en compañía de los inolvidables milicianos. Ahora, en el Ejército Popular. Pero siempre en el frente.

Al decirnos esto, la camarada a quien interrogamos ha tratado sinceramente de ser modesta. Pero un legítimo orgullo ha traicionado irreprimi-

MUJERES EN LA LUCHA

blemente su deseo. No obstante, insiste en convencernos de que lo que ella—y otras muchas compañeras—han hecho no tiene más valor que el de lo que hacen las mujeres de la retaguardia.

—Es que yo tengo un temperamento que va mejor con el combate, con la lucha directa, ¿comprendes? Pero siento una gran admiración por las que tienen valor para curar a los heridos; para aguantar horas y horas con tal de conseguir que en la casa ni el hijo ni los compañeros noten demasiado la escasez. Yo para eso no servía. En cambio, me apasiona cada día más la actuación en la línea de fuego. Te aseguro que voy adquiriendo una conciencia profesional de la milicia. Por supuesto, se acabó aquella temeridad romántica de los primeros tiempos. Aquel modo ineficaz de exponerse, para conseguir, a lo sumo, morir heroicamente, pero no la victoria. Ahora estudio a fondo el arte militar. Hay que obtener el máximo resultado con el mínimo desgaste.

Después, tras una pausa, en la que por sus ojos pasa la sombra de un agudo recuerdo doloroso, añade:

—No creas que no ha sido necesario que se efectuase en mí un proceso de depuración para adquirir esta serenidad. Yo fui a la lucha impulsada por un sentimiento antifascista, pero me espoléaba, sobre todo, el deseo de la venganza personal. «Ellos» habían asesinado a mi hermano.

Calla, porque todavía, al evocar el crimen, no puede seguir sin que se le quiebre la voz. Cuando se rehace, continúa:

—Después, sobre la marcha, mi odio particular se ha ido fundiendo en el odio colectivo. Y esto me permite actuar más eficazmente. La sangre fría y la disciplina, cuando van reforzadas por la convicción ideológica, son armas formidables.

Luego, esta magnífica combatiente recuerda la actuación de sus compañeras en la línea de fuego. Algunas cayeron para siempre, pagando con

su vida el precio de una España libre. De ellas obsesiona el recuerdo de una miliciana joven y bonita para la Sierra cantanosa juveniles, y a la que un brazo de sus compañeros frente de nieve surcada por los hilos de sangre. Cinco días habían apagado en la plaza de Carmen su idea de que de otro modo no se podía arrancar-

SUAVES MANOS PARA LAS CARNES DESGARRADAS

Naturalmente, el Hospital no se parece en nada a los antiguos hospitales odiosos. Aquí la luz, el aire, el níquel, el cristal, la asepsia más escrupulosa, el ambiente más confortable, han sustituido a aquellas horribles salas en donde bendecían al soldado al pasaporte para el otro mundo, porque era más breve y más económico que curarlo.

Junto a la cama de uno de los camaradas heridos, la enfermera atien-

de la petición de éste con una solicitud especial. No hay en ella la más ligera afectación, ni intenta hacer alarde de su ternura para con el soldado. Es un auténtico sentido de la solidaridad el que la hace desvivirse por quien ha dado lo mejor que tenía para la misma causa que ella defiende. Cuando sabe que sus impresiones van a ser publicadas, opone alguna resistencia:

—¿Por qué?—pregunta—. ¿Es que lo que hago yo, lo que hacemos nosotros tiene algo de extraordinario? Cumplimos con nuestro deber, simplemente.

La afirmación de que, en efecto, el deber que ella cumple tiene un extraordinario interés, provoca nuevamente su protesta, ahora más atenuada:

—No, compañera—insiste—. ¿Qué menos podíamos hacer nosotras por quienes no reservan para sí ni siquiera la vida, que dedicar todas nuestras horas a suavizar sus padecimientos? ¡Además, que esto no es trabajo! ¡Si supieras la emoción que se experimenta cuando llega un herido grave y comienza la lucha de la ciencia con la muerte!... ¡Con qué atención anhelante seguimos el gesto del doctor, sus indicaciones! ¡Qué impaciencia por poder ayudarle con nuestro esfuerzo a salvar aquella vida! ¡Y qué alegría cuando, al fin, en la cara del médico se refleja el triunfo y sabemos seguro al nuevo camarada! ¡Yo quisiera tener las manos de gasa para no lastimar aquella carne dolorida! ¡Te ase-



guro que cada uno de los heridos que llega, es para mí como si se tratase de uno de los míos!

—Y uno de los tuyos es. Ella se ríe.

—Es verdad; pero te quería decir uno de mi familia. Aunque, en realidad—añade después de reflexionar un instante—, para mí no hay ya más familia que la antifascista.

JORNADA INTENSIVA PARA LA GUERRA

Está ligeramente hizada y con las mangas del «mono» recogidas encima del codo. Hemos de hablar con ella rápidamente, porque no se puede robar ni un minuto a su labor industrial. Su tiempo resulta precioso y nuestra entrevista tiene que ser «relámpago».

Precisamente por la índole de su trabajo, por la precisión con que ha de ejecutarlo, esta camarada puede

exponer con una concisión sintética el valor de su aportación a la lucha contra el fascismo.

—Trabajamos diez o doce horas diarias. El trabajo es duro, y en ocasiones arriesgado, pero a nosotros nos parece ligero y seguro por la satisfacción con que lo realizamos. Muchas compañeras se han incorporado a estas actividades con tal entusiasmo, que constituyen el mayor estímulo para las restantes. Hay Brigadas de Choque excepcionalmente eficaces. La producción alcanza un ritmo vertiginoso. Y cada día se instruyen más camaradas que pueden sustituir a los compañeros en caso necesario. Nosotras damos a la guerra cuanto podemos darle. Pero llegaremos a lo inverosímil para sobrepasar nuestro propio esfuerzo.

Y nada más. Es tanto, que aunque haya sido dicho en tan breve espacio, llena quizá una de las páginas más interesantes de la Historia que estamos viviendo.

SOLAMENTE POBLACION CIVIL

Rehuye al interrogatorio un poco avergonzada. ¡Si ella no hace nada para la guerra! Ha pasado de la juventud y tiene un gesto cansado y los ojos enrojecidos de trabajar en malas condiciones.

—¿Qué quiere que le cuente de lo que hago, hija? ¡Pues nada! ¡A ver si vamos a ponerlos «intercidentes» por aguantar las dificultades del abastecimiento! ¡Si no hubiera un pasado más trabajos que ese en la vida...! Lo que tiene es que una quisiera llevar lo más posible para los niños, y cuando no nos sale todo lo que pensamos, nos ponemos de malas y pagamos con todo. Ahora, que yo, en cuanto que veo alguna de esas que quieren aprovecharse de la escasez para meter cizaña, pues que ya estoy dándole un toquecito con eso de la evacuación. ¡Ay, hija, me

pone de muy mal humor la «bulista»! Y ya se sabe; en cuanto me la tropiezo, la preguntita es inmediata: «Oiga, joven, ¿no se le ha perdido a usted nada en la Costa Azul?» ¡Lo que es a mi lado, no se escurre ninguna!

—Y usted, ¿tiene alguna misión que cumplir en Madrid? —¡Andal! La misión la tiene mi compañero. Si no fuera por él, ya estaba yo saliendo por el camino. Y, a pesar de todo, puede que con eso de los comedores colectivos, me decida por la separación. ¡Hija, hay que colaborar!

LOS NIÑOS NO DEBEN SUFRIR TANTO DOLOR

Por razones de todos conocidas, las actividades maternas desarrolladas por muchas de nuestras mujeres en favor de los pequeños, hijos de los combatientes, han ido desplazándose hacia otras poblaciones menos castigadas por la guerra. Y las mujeres que viven en los lugares lejanos a la vanguardia, pusieron a contribución en esta lucha sus sentimientos de madres españolas y, sin ninguna excepción, han acogido en sus hogares a los niños, víctimas inocentes de esta guerra, hijos de nuestros luchadores. También aquellos otros a quienes la furia fascista les arrebató con manó airada de la cálida protección de sus padres, han encontrado en esos pueblos hermanos de Valencia y Cataluña nuevos hogares. De la labor desarrollada por estas mujeres heroicas para mejorar las condiciones de vida de muchos niños y para conservar en otros el calor de su hogar, se han hecho grandes y frecuentes elogios. No tanto, sin embargo, como su meritisima obra merece. Cuando tengamos suficiente perspectiva para juzgar los resultados de la misma, verá ocasión de discernir con toda exactitud el galardón ganado en la más bella de las lides.

La actuación de nuestras mujeres, pues, se extiende en esta lucha gigantesca paraja a la de los camaradas antifascistas. Desde los cargos de responsabilidad hasta los más humildes, desempeñan su cometido con entusiasmo insuperable. La Jornada Internacional de la Mujer las ha encontrado en su puesto.

Rosario DEL OLMO





LAS DAMAS DE ESTROPAJOSA Y EL S. R. I.

Ya conocíamos de oídas a las Damas de Estropajosa. Esas caritativas señoras se ocupaban también, como el S. R. I., de ayudar a los caídos y a los desamparados, con la ligera diferencia de que ellas los llamaban «pobres», repitiendo la palabra a cada momento, y nosotros les llamamos víctimas del fascismo y de la reacción.

Se trataba de una Sociedad de señoras «favorecidas por la fortuna», según su propio Reglamento, que repartían entre los «pobres» cantidades verdaderamente irrisorias y compensaban la falta de auxilios materiales con un montón de oraciones, novenas y rosarios.

Hemos tropezado en una casa con un montón de papeles de ellas. Según su balance de cuentas, han repartido en todo Madrid 5.728 prendas en un año, en las cuales se han gastado sólo en la barriada de Guindalera-Prosperidad 445,60 pesetas. ¡Y eso que hubo elección!

Lo que no dice su Memoria es la cantidad de humillaciones, de lágrimas y de misas que les han costado a los «pobres» esas ropas. Porque si al menos las hubieran dado sin pedir nada, podía perdonarseles ese derroche.

Copiamos de la referida Memoria unas palabras de un artículo, en el que, bajo el título de «Hechos», se jactan de ser muy buenas personas: «Una pobre que en noviembre se acercó a las señoras a decir que votaría a los candidatos que la indicaran, y a la que no visitaban por no haber querido legalizar su situación, dijo que ahora estaba dispuesta a todo; les contó que tenía una niña sin bautizar, y obediendo al consejo de las señoras, la bautizó aquel mismo día.»

Aterra pensar la situación de esa pobre madre, a la que ya ni visitaban, es decir, a la que todo se lo negaban después de habérselo prometido. Tenía a su niña sin bautizar; lo que no dice es que también la tendría sin comer. La mujer les dijo que estaba dispuesta a todo. ¿Cómo no iba a estarlo, si la habían estado cercando de hambre y de miseria? Así ganaron las derechas las elecciones el año 1933.

Yo quisiera saber lo que ha sido de esa madre. Seguramente que ante los bombardeos de Madrid también se siente «dispuesta a todo», a todo lo que sea machacar a esa gentuza que la acosó por hambre para robarla

lo único que tenía: su conciencia y su voto.

Renunciamos a citar cifras de nuestros socorros, a decir lo que el S. R. I. ha gastado en ropas sólo en unos meses. ¿Para qué? Todo el mundo sabe que el S. R. I. ha repartido cifras astronómicas comparadas con las de Estropajosa, y eso que no se trata de «favorecidos de la fortuna», sino de trabajadores.

Pero el S. R. I. no ha repartido hojitas, ni consejos, ni coacciones, ni ha pedido el voto a nadie a cambio de su ayuda. El S. R. I. ayuda a todos los necesitados, a todos los perseguidos, y luego los deja que sean de la tendencia o de la ideología que quieran. Jamás ha dado el S. R. I. nada a cambio de un voto ni de un alta para sus filas; jamás ha mirado si se trataba de anarquistas, de republicanos o de católicos.

Ha mirado sólo que eran unas víctimas de la canalla fascista. En nuestros hospitales, en nuestras guarderías, ningún credo político ni religioso ha sido impuesto nunca. Nuestro único credo es que la conciencia es libre y que para comprarla no tenemos dinero bastante a pesar de las cifras astronómicas de nuestros socorros.

Elisa RISCO

Lo que hace el Socorro Rojo Internacional para fortalecer el Frente Popular

El S. R. I. se dió cuenta en los comienzos de esta guerra civil de que nuestras Milicias no tenían una Sanidad de guerra lo suficientemente eficaz para poder atender a las necesidades que se derivaban de esta enorme lucha. Todos sabemos que con la insurrección militar dicha Sanidad quedó rota y deshecha.

¿Con qué contaban nuestros milicianos cuando caían heridos por las balas fascistas? En primer término, era difícil transportarlos a la retaguardia: faltaban camillas, camilleros, ambulancias; se perdían muchas horas hasta poder realizarles la primera cura, y, como consecuencia, se perdían muchas vidas que eran nuestro mejor tesoro: las de los antifascistas que no dudaron ni un minuto en lanzarse a la lucha cuando la lucha era sólo entusiasmo y no tenía lo que, como ahora, había de ser una garantía para la vida del miliciano: organización.

Llegaban a la retaguardia, y... ¿qué encontraban? Los hospitales civiles, inadecuados e insuficientes. ¿Qué otra Organización sería capaz de asumir esta responsabilidad? La Cruz Roja, se pensó; tenían material abundante, gente, dinero...; pero ¿qué fué la Cruz Roja antes de su reorganización? Todos lo sabemos: ¡un nido de fascismo!

En Madrid, en aquellos primeros días de lucha, se realizaron monstruosidades como la siguiente: en palacios cuyos dueños tenían su incautación, se instalaban hospitales de sangre; entraban como cirujanos médicos falan-

gistas, y de este modo hábil y cínico se conservaban haciendas y vidas incompatibles con la República democrática. Y todo esto bajo el pabellón de la Cruz Roja.

Esto había que impedirlo. Y el Socorro Rojo Internacional lo impidió. No se asustó ni de la magnitud del problema, ni de que ni siquiera era una función específica del S. R. I., que quizá no le correspondiese hacer; pero se trataba de la vida de nuestros milicianos, y vamos a explicar en pocas líneas lo que el S. R. I. ha hecho para salvarlas.

Se comenzó por crear hospitales en Madrid; después, en los sitios donde las necesidades de la guerra lo requerían; casi al mismo tiempo empezaron a funcionar también nuestros puestos de socorro, cerca de las líneas de fuego, para poder realizar allí la primera cura a los heridos.

Se adquirieron las primeras ambulancias y se empezó la construcción de otras. Se adaptaron vagones de ferrocarril para utilizarlos en trenes-hospitales, algunos de los cuales siguen funcionando en el frente de Granada. Se organizaron escuelas de enfermeras y camilleros; se hicieron almacenes de material sanitario y productos farmacéuticos, fábricas de camillas, artolas, algodón, etc. Como ejemplo de las industrias sanitarias del S. R. I. se ha de citar la fábrica de camillas y artolas de Valencia. Gracias al entusiasmo con que han trabajado siempre sus operarios, se han podido atender en varias



ocasiones necesidades urgentísimas del frente, que únicamente esta fábrica podía por el momento solucionar.

Se construyeron ambulancias odontológicas para recorrer los frentes; se organizaron dispensarios; se hicieron sanatorios antituberculosos, antiveneréos... Se ha hecho, en fin, una labor de la que dará idea el hecho de que, solamente de hospitales, han sido 275 los que el S. R. I. ha creado. Y los ha creado porque eran imprescindibles para las necesidades de la guerra, no para lucirse ni para poner de manifiesto la capacidad organizadora del S. R. I. Esto lo demostramos con hechos.

En una empresa de tal envergadura es natural que hayamos tenido que luchar con inconvenientes y dificultades; pero hemos contado con lo más

poderoso y con lo que más nos ha llenado de orgullo siempre: la ayuda incondicional del Pueblo. Las gentes veían que en nuestros hospitales se curaba a los heridos; que se les trataba con amor y cariño; que estos hospitales se regían de un modo completamente democrático, mediante un Comité de Hospital, formado por los delegados de los distintos servicios y delegados de heridos. Y que nunca, por motivo alguno, se ha atendido más o menos a un herido por ser miembro de una u otra Organización. No es de extrañar, pues, que las gentes, viendo esto, y fuese cual fuese su filiación política o sindical, hayan tenido el sentimiento común de cooperar a la obra sanitaria del Socorro.

Durante el curso de la guerra civil la Sanidad militar se ha reconstruido, se ha reorganizado. El S. R. I., que en todo momento ha trabajado para ayudar a las víctimas del fascismo, considera que la mejor forma de auxilio sanitario a los heridos es pasar toda su organización de hospitales, puestos de socorro, ambulancias, trenes-hospitales, almacenes de material sanitario, farmacias, industrias sanitarias, etc., a Sanidad Militar, para fortalecer y ayudar a dicha Organización, al mismo tiempo que para llegar a la unifica-

ción de estos servicios, cuya centralización consideramos indispensable. Esta fué la razón de que hace ya dos meses el S. R. I. pusiese a disposición del Ministerio de la Guerra todo su aparato sanitario, y por lo cual nuestros hospitales de sangre no funcionarían más con el nombre de S. R. I., sino con el de Sanidad Militar. ¡Con qué orgullo y con qué satisfacción hemos hecho este cambio, viendo la eficacia de nuestra labor, que ha contribuido a fortalecer los organismos del Gobierno del Frente Popular!

Con la creación de su aparato sanitario el S. R. I. ha hecho quizá algo más importante que todo esto: ha especializado a millares de personas, los ha organizado, los ha incorporado a la causa antifascista, y los ha puesto en condiciones de ser verdaderos y auténticos defensores de la causa de la libertad.

MATILDE LANDA

ANTONIO TORRES MORENO, de la 5ª Compañía de Especialidades del Batallón «16 de Febrero», en el Sector de Usera, desea recibir noticias de sus hermanos Sebastián y Rafael, que se encuentran en los frentes de Córdoba y Málaga.

DONATIVOS recibidos por el Comité Provincial del S. R. I. del 5 al 11 de Marzo de 1937

Pesetas	Pesetas
Unión de Radiotelegrafistas Españoles	Batallón Madrid, 12.ª Brigada Móvil
1.300	836
Unión de Casqueros de Vallecas (por el general Mijaja)	Un camarada, Juan García
2.000	200
Agrupación Socialista de Mahón	Marina Sanz
2.540	25
Obreros de la Tierra, de San Javier (Murcia)	Baldomero Mota
628,65	25
Batallón núm. 3, 4.ª Compañía, Brigada Mixta	Comisaría de Vigilancia del distrito de Buenavista
140,50	194,80
12.ª Brigada Batallón Antitanque	12.ª Brigada Internacional Móvil
664	240
Personal del Matadero de Vallecas y Mercado de Olavide	Un camarada fallecido en el frente, Amando Rodríguez López
241,50	100
Cuerpo de Ejército, 4.ª División	Varios Comités de Casas
230	86,35
2.ª Batallón, 40.ª Brigada Mixta de Milicias Antifascistas Vascas	Sindicato Español de Trabajadores del Comercio
1.875	50
11.ª Brigada Internacional, Tren de Combate	Varios particulares (englobados)
550	176
4.ª Compañía del 4.º Batallón núm. 5 de Carabineros	
474	
Comisario Político del Batallón Madrid	
580	
Tercer Batallón, 42.ª Brigada	
402,50	
2.º Batallón, 4.ª Brigada Mixta	
483	
Compañía General de Electricidad	
1.948,25	
Sindicato Azucarero Arganda "La Poveda" (entrega núm. 12)	
683,45	
Sindicato Azucarero Arganda "La Poveda" (entrega núm. 13)	
653,85	

DONATIVOS RECIBIDOS POR LAS SECCIONES

SECCION ESTE:

Juan Rodríguez, miliciano de Investigación y Vigilancia, Puesto núm. 16	971
Victorino Sánchez, Idem id.	646
Un bombero	200
Pastores, Parque de Ganado	154

SECCION SUR:

3.ª Brigada Mixta de Carabineros, 2.º Batallón, 2.ª Compañía	465,60
El personal del Hospital Militar de Sangre número 8	1.556

HEMOS RECIBIDO EN LA ADMINISTRACION DE NUESTRO PERIODICO LAS SIGUIENTES CANTIDADES COMO DONATIVOS AL MISMO:

Pesetas	
Un familiar de Armando Rodríguez López, sargento del 4.º Batallón de Lister (Milicias Gallegas), muerto heroicamente en el frente del Jarama el día 16-2-37	25
Manuel del Carmen, en Torredonjimeno (Jaén)	50
Sección de Transmisiones de Paredes de Buitrago	145

Agradecemos profundamente la desinteresada ayuda prestada por estos camaradas.

El Camino de la Solidaridad

REVISTA EXTRAORDINARIA SOBRE LAS ACTIVIDADES DEL SOCORRO ROJO DE ESPAÑA

Una magnífica publicación en huecograbado, ilustrada con fotografías, dibujos, estadísticas y documentos sobre el terror fascista. Cuarenta páginas dan a conocer a todos los grandiosos trabajos de solidaridad realizados por el S. R. I. antes y después del levantamiento fascista.

El esfuerzo gigante de octubre del 34 para salvar a los perseguidos, ayudar a los presos y conseguir la amnistía; la Sanidad y Abastecimiento organizados después del 19 de julio; los hospitales, Sanatorios, Hogares Infantiles, Casas de Evacuados, toda la ayuda generosa prestada por el S. R. I. a los combatientes de la Libertad y a sus familias. Precio del ejemplar: 30 céntimos. De venta en todos los Comités del Socorro Rojo Internacional.

Pedidos: Comité Ejecutivo del S. R. I.—Montornés, 1.—Valencia.

VICENTINA

(CUENTO HISTÓRICO)

I

Había terminado el mitin que la Comarcal de Chamartín celebró en Torrelaguna, pueblo de la serranía de Madrid. Como en todos los mítines que organiza dicha Comarcal, el entusiasmo, la simpatía por el Socorro Rojo Internacional quedaba demostrada una vez más. El Socorro, con su obra humanitaria, logra siempre llevar el ánimo a todo el pueblo, que comprende sus esfuerzos.

Todo el pueblo iba paulatinamente desalojando el salón, haciendo toda clase de comentarios sobre las diferentes peroraciones y temas que los oradores habían dado a conocer.

Ya salían las últimas personas del salón, cuando, dirigiendo una mirada al mismo, observé con sorpresa que en una de las primeras filas de butacas aún permanecía sentada una muchachita de rara belleza, que con sus grandes ojos negros, rasgados y sombreados por largas pestañas, no quitaba su mirada de los oradores que permanecíamos en la tribuna.

Ella estaba estática, inmóvil, y al cruzarse mis ojos con los suyos no ha pestañado, y ha sostenido con firmeza mi muda interrogación sorprendida.

¿Qué pensaría al mirar a la tribuna? ¿Hacia dónde volaría su pensamiento? ¿Qué quimérico sueño estaría forjando su juvenil imaginación?

Yo estaba intrigado. Su figura no se borra de mi mente; me obsesiona. Quiero saber, indagar algo. Quiero descubrir, y entonces me dirijo al camarada que ha presidido la mesa y pregunto:

—Oye, camarada: ¿quieres decirme quién es esa chica que en la tercera fila de butacas se ha levantado a última hora y ha sido la postrera en salir?

—Sí, compañero. Esa chica es Vicentina; aquí en el pueblo la llamamos así. Vino a este pueblo cuando no contaba más que ocho años. Es hija de un pobre zapatero viudo que arribó aquí sorteando los tristes bandazos que la vida depara a todo el que no tiene más bienes de fortuna que sus brazos para ganar el pan de cada día trabajando... trabajando siempre.

Un silencio.

—Verás, compañero; verás—continuó—. Ya te he dicho que hace unos ocho años que Vicentina llegó aquí, acompañada de su pobre padre, que sentía por ella un verdadero cariño, un raro cariño, pues todos sus afanes eran para la chica. Pero la fatalidad vino a interponerse en su vida, y un buen día el pobre zapatero, "el señor Vicente", se acostó para no levantarse más. Murió su padre, y la desgraciada niña quedó desamparada. Ya ves, compañero, qué odisea—continuó ha-

blando mi amigo—. La niña, que ha sido recogida por una vecina del lugar, no está muy alegre, por cierto. No que la cuiden mal; al contrario, ella misma declara que está muy a gusto... Pero ella se aburre; quiere ver y saber qué es la capital; quiere ver Madrid, al que tan magnífico le pintan sus amigas, y créeme, camarada, cualquier día nuestra Vicentina tomará las de Villadiego y desaparece de To-



NGT
37

relaguna. Aquí todo el pueblo la quiere, y mucho, por cierto. Esto es lo que puedo decirte, compañero, sobre la que tanto te ha intrigado esta noche.

—Gracias, amigo; gracias. Estoy satisfecho.

Hemos abandonado el local. Nos hemos dirigido al Centro Obrero a despedirnos de los camaradas y tomar el coche que nos llevará a Madrid. Otra vez la veo ante mis ojos. El chofer ha puesto en marcha el automóvil, ha encendido los faros, ha pisado el acelerador, y arrancamos.

Por la ventanilla del coche vuelvo a mirarla, y, como en el acto, inmóvil, Vicentina fija en el coche sus ojos y una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

Saco el pañuelo y le agito; pero ella sigue lo mismo; quieta, estática, mirando siempre, mirando al automóvil, que se desliza ya por la carretera bajo la presión del chofer, que marcha ajeno a la inquietud que agita mi alma al pensar en el misterio que pueda rodear a Vicentina.

II

Un movimiento insurgente había estallado en el ámbito de la nación: un puñado de miserables y aristócratas de toda laya se había levantado en armas contra el régimen republicano que el Pueblo se dio por su expresa voluntad en unas elecciones generales. Los cretinos, los de sangre azul, habían conseguido que casi todo el Ejército se sublevase contra su propia patria, contra el Pueblo de donde salieron. Pero este mismo Pueblo, consciente de su deber, de su soberanía, se ha lanzado a la calle a defender sus derechos, su dignidad, su independencia. El Pueblo no consiente su esclavitud humillante y vergonzosa. Todas las sindicales obreras, todos los partidos políticos de izquierda, todos los hombres honrados, se multiplicaban en la creación de Cuerpos de Milicias populares, compañías, batallones, de toda clase de recursos para la lucha, para aniquilar las bajas apetencias de un fascismo bestial que pretendía sepultar al pueblo trabajador en la más espantosa de las tiranías.

A uno de estos batallones, al Batallón la Montaña, se ha presentado para ser enrolada una miliciana: ¡es Vicentina!

—¿Es aquí donde está el domicilio del Batallón la Montaña?—preguntó.

—Sí, aquí es. ¿Qué desea la joven?—interrogó el compañero.

—Vengo para alistarme como miliciana y defender la causa del Pueblo.

—Bien; pasa, y ya veremos.

La muchacha ha sido introducida en el despacho, donde se encuentran el comandante, la mecanógrafa y un capitán de dicho Batallón.

—Cómo te llamas, compañera—cuestionó el capitán.

—Me llamo Vicentina.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años.

—Bien, mujer; ¿traes alguna autorización de tus padres para que puedas enrolarte?

—No tengo padres.

El comandante se ha quedado unos momentos pensativo. Al fin dice, dirigiéndose a su mecanógrafa:

—Puedes hacer la ficha de esta compañera como miliciana del Batallón.

Y dirigiéndose a Vicentina:

—Bien, compañera; puedes retirarte. Desde hoy perteneces al Batallón.

Vicentina se dirige hacia la puerta de salida, y allí, levantando el puño y volviéndose con la entereza de la convicción:

—¡Salud, camaradas!

III

En la Sierra, en el frente de Peguerinos, la lucha había tomado caracte-



res extraordinarios. Los valientes milicianos del Batallón la Montaña resisten como leones las feroces acometidas de la morisma marroquí.

Vicentina está allí, luchando, curando a los heridos, cargando los fusiles, asistiendo a unos y cuidando a todos.

Los facciosos, dueños de una gran posición estratégica, se han replegado a ella. El combate ha cesado.

Vicentina se multiplica en todo, con un valor sin límites.

Desde el fortín, que los rebeldes han fortificado, un día uno, mañana otro, no cesaban de causarnos bajas sueltas. Ya el Mando había tomado sus medidas y tenía para cierta fecha preparada una ofensiva que terminase con aquel peligro. Esta ofensiva consistía en un fuerte ataque al rayar el día, atacando dicha posición de frente y por los flancos y todos al unísono.

No le costó trabajo a Vicentina enterarse de la fecha de dicha operación. Y una madrugada (la del día previsto por el Mando) se proveyó de unas cuantas bombas de mano...

Se alejó sin ser vista por sus compañeros, y arastrándose por el suelo, deslizándose luego por un barranco, se dirigió a la posición enemiga, con ánimo de bombardearla y volarla. Avanzaba arastrándose por el suelo lentamente, con sigilo y astucia. Con esa astucia de que sólo es capaz una mujer. Llegó cerca, muy cerca de la alambrada enemiga; se parapetó detrás de unas peñas, y con un valor rayano en la temeridad, grande, majestuosa, lanzó rápida hasta ocho bombas, que al estallar sembraron en el enemigo gran pánico y confusión y dejaron incendiada la posición. Todas las fuerzas se lanzaron a una lucha desesperada; tabletearon las ametralla-

dos; vomitaron su fuego mortífero los cañones. El combate fué rudo, pero breve, puesto que una hora después la posición caía en poder de los bravos milicianos del Batallón la Montaña. Pero estaba escrito: Vicentina tenía que pagar su arrojo, y lo pagó con su propia vida: un balazo le había atravesado el corazón; allí yacía, derribada sobre un ribazo, mirando al cielo. En su cara se reflejaba su eterna sonrisa, como si saludara a la muerte, a la que no temía. De la comisura de sus labios se desprendía un hilillo de sangre, que descendía por su cuello hasta confundirse con la roja amapola de su herida, de esa herida que había atravesado su núcleo pecho.

Atada a su correa encontramos esta carta, que es todo un poema:

"Queridos camaradas: Salud.
"Conocedora de la operación que ibais a realizar hoy sobre el fortín enemigo, me he adelantado yo a volarlo si puedo. Sólo me ha impulsado a ello el saber que casi todos vosotros tenéis hijos. Quiero, si lo consigo, ahorrar muchas vidas útiles a la Causa y a vuestras familias. ¿Qué me importa morir? ¿Que voy a morir sola? Mejor para todos.
"Espero sabréis perdonar a ésta, siempre vuestra y de la Causa,

"Vicentina."

La Comarcal de Chamartín de la Rosa del S. R. I. cuenta hoy en su seno con un nuevo grupo, llamado Grupo Vicentina, en recuerdo del nombre de la heroína que, como habéis visto, dió su vida por la libertad y la justicia.

ANTONIO PEÑA LEON

Secretario de Agitación y Propaganda.

LOS HEROES HUMILDES

Le conocí en una pensión de Murcia poco antes de abrirse las clases de la Universidad. Ninguno de los dos era universitario. Bojart era, oficialmente, un modesto empleado de la Diputación. Fino escritor del 98, con prosa y verso llenos de sensibilidad, tenía un lugar limpio y claro entre los de su generación. Por su emotividad tenía algo de Miró; por su sentido del humor bastante de France y de Eça de Queiroz. Pero en suma su estilo era suyo, original como su vida misma, que había pasado del señoritismo a la bohemia. Ahora comenzaba a entrar en un campo más humanizado. El tránsito le había producido una fuerte crisis de nervios.

Esta crisis se agravó con la entrada de los estudiantes. La casa se convirtió en colmena. La patrona no tenía donde alojarlos, y propuso al enfermo:

—Bojart, aquí tengo un chico campesino; si no tiene inconveniente, le pondré un colchón en su habitación. Es muy calladito; no le ha de molestar.

Por algún tiempo el pequeño campesino durmió en el colchón, en el suelo, junto a la cama del poeta. Poco a poco se fué estableciendo una corriente de simpatía. Acostumbrado a ver miserias, el chico tenía esa paciencia sana del pueblo tan indulgente con los seres que sufren. Que haya podido sufrir los arrebatos nerviosos de Bojart fué lo que luego maravilló a éste. Ya restablecido, empezó a quererle como a un hijo. Bojart estaba casi solo en el mundo. Aquel amor filial cambió sus sentimientos. Continuó siendo bohemio, pero un bohemio mucho más humanizado. El chico estaba sin trabajo. Su padre vivía con una hija casada en el pueblo de Corvera, y no podía valerle. Bojart se fué al campo por una pequeña temporada, y al regresar encontró al chico trabajando en un bar.

—Lléveme consigo—le dijo el chico—; quiero ir a Madrid.

Y a Madrid se vinieron los dos, ya como padre e hijo. Bojart volvió a sus actividades periodísticas. Todavía recientemente hizo reír a mucha gente

con sus graciosas crónicas en *Ahora*. Pero él ha dejado ya de reír; se le ha borrado hasta aquella sonrisa suave y buena que le caracterizaba:

... Me le dejé en una fosa del Este por no hallar en ella sitio para mí, cual el inerte.

Bojart ha dejado de hacer reír. El chico ha dejado de vivir, en el hospital obrero de los Cuatro Caminos, donde agonizó ocho días, con una bala fascista en la cabeza.

Durante seis años padre e hijo habían vivido pobremente como camaradas. Alguien preguntó a Bojart un día: "¿Le respeta su hijo?" "No—contestó el padre adoptivo—; se lo tengo prohibido." Le quería simplemente. El respeto iba implícito en el amor. Bojart le comunicaba su sensibilidad, su humanitarismo, su amor a la libertad; el chico "le sumergía en la plebe", le comunicaba el calor de su clase; el padre ponía la savia espiritual; el hijo la fortaleza popular. Ambos llegaron a entenderse maravi-

llosamente. En invierno, los días de mucho frío, Bojart le traía al Ateneo bajo su viejo gabán raído, como un pajarito asustadizo. Sus compañeros nos reíamos bondadosamente de tanto candor paternal.

Detrás de Fernando había venido Ramón, su hermano mayor. Bojart le adoptó también, y le quiso. Los tres vivían en el comunismo de la pobreza. Fernando Cobacho Soto trabajaba en una farmacia; Ramón tenía aspiraciones castrenses, pero tuvo que renunciar su vocación a causa de una enfermedad. Se iban valiendo como podían; entre ellos había paz, mutua abnegación, perfecta comprensión. Así llegó el 18 de julio de 1936...

Fernando había desaparecido del cuarto. Ramón había desaparecido también. El padre sospechó la verdad: sabía que los chicos eran pedazos de pueblo y que no podían negarse a sí mismos en un momento tan decisivo. Semanas después recibió una carta de Fernando: estaba en Navarra, con la columna de Perea. Le pedía unas pesetas... De Ramón no sabía nada. Por fin se enteró que se había incorporado a las Milicias que, desde el cuartel de la Montaña, marcharían sobre Andalucía.

Pasaron semanas de ansiedad. Fernando volvió a escribir. El primero de septiembre estaba sano y contento. Dos días después, un miliciano se presentó en la taberna de Bojart con una tarjeta, en la que se le anunciaba que el chico estaba herido en el hospital obrero. Su estado era grave; una bala traidora le había atravesado el cráneo.

Ocho días duró su agonía: la del padre se prolonga. Ocho días que Bojart vivió sin moverse de su lado, sin apenas comer ni beber, con las lágrimas en los ojos:

Me llamó su camarada a su cabecera al verme...

Le llamaba camarada, como a todos. Apenas podía pronunciar otra palabra. A veces sentía un leve deseo de fumar y le metía la mano en el bolsillo, pero allí se le desfallecía. Por fin apareció también Ramón, con permiso, para verle morir. Luego marchó al frente de Extremadura, al tiempo que Fernando lo hacía, a hombros de cuatro camaradas, hacia el cementerio. Bojart se volvió a quedar otra vez solo...

L. N. C.



Lo que el Ateneo de Madrid ha dado a la guerra

Cuando estalló la sublevación fascista todos los ateneístas, ansiosos de comentarios y de noticias, se congregaron en "su casa". El Ateneo hacía tiempo que no conocía una concurrencia tan numerosa. Se hacían cábalas de todas clases y se sustentaban las teorías más disparas. Desde luego—no faltaba más!—nadie estaba conforme con las ideas del vecino. El único punto en que con rara unanimidad coincidían todos los socios era en condenar el alzamiento militar. Poco a poco, conforme la lucha se prolongaba, la docta casa iba quedándose vacía y los ateneístas se disgregaron para volver a encontrarse en los frentes o en la retaguardia; allí donde se combatese de alguna forma al fascismo. Los comunistas de la casa fueron los que primero desaparecieron. Ni a Galán—asiduo concurrente a la biblioteca—ni a Mangada se les ha vuelto a ver por el edificio de la calle del Prado.

Hoy hemos hecho una visita fugaz al Ateneo, y sus pasillos silenciosos, su Biblioteca vacía, su "Cacharrería" sin voces ni risas, nos han gritado su soledad. A alguien podrá parecerle que el Ateneo está muerto. Se engaña. El Ateneo vive más dinámicamente que nunca. El Ateneo vive para la guerra.

"LA CACHARRERIA"

Era la picota de la casa. Las lenguas más descaradas y agudas movíanse allí audaces contra los altos y los bajos, los listos y los tontos. A todo el mundo se le hizo allí su caricatura. Los locos encontraban el terreno abonado para dejar caer fácilmente su disparatada semilla. Se les escuchaba con profundo respeto y al final se les ovacionaba ruidosamente entre grandes risas. Los que nunca bajaban a la "Cacharrería", los hombres serios de la Biblioteca, miraban aquel salón, al subir las escaleras, con recelo y desdén. Ellos no esperaban nada de aquella gente. Sin embargo, hoy en la "Cacharrería" no se oyen risas ni rumores. Sólo el latir acompasado del reloj en el salón vacío.

El sillón en donde dormitaba González de Ubieta está vacío. González de Ubieta es ahora capitán médico y está prestando sus servicios en el frente de la Casa de Campo. Antes estuvo en Somosierra con las milicias de la C. N. T. Todo el mundo esperaba, cuando estalló la sublevación, que González de Ubieta siguiese dormitando en su sillón indiferente a todo. Vivir para ver. González de Ubieta, sin la menor vacilación, abandonó su butaca cuando los primeros cañonazos contra el cuartel de la Montaña anunciaron el comienzo de la guerra. Un amigo nos dice que todo el mundo está contento de él y que se porta magníficamente.

—¿Pero sigue durmiéndose?
 —¡Ah!, eso sí; solamente cuando a su juicio el combate lo merece se deshace de su somnolencia característica.

Adolfo Stern era otro de los asiduos concurrentes. Comandante de Carabineros y antiguo republicano, fué perseguido en octubre del 34. Era un hombre inteligente y jovial. Cuando empezó la guerra, Adolfo Stern anunció al despedirse: "O vuelvo de general o en una caja; ahora bien, yo creo que volveré de general". Adolfo Stern se equivocó en su última predicción. Herido en el frente de Talavera, ingresó en el hospital de esta localidad, y allí se quedó cuando en Talavera entraron las tropas fascistas. Adolfo Stern ofrecería su pecho generoso a la fría mirada de los fusiles de ejecución extranjeros una mañana, una tarde, una noche, mientras que sus ojos volarían errantes por encima de las cabezas de sus verdugos.

A Carlos Sbarbi tampoco se le ha vuelto a ver por allí. Carlos Sbarbi es un hombre audaz y valiente. Su azarosa vida estudiantil es una revuelta constante contra sus condiscípulos de ideas regresivas. Cierta vez, en Salamanca, los estudiantes fascistas, aprovechando la obscuridad de la noche, colocaron una bandera monárquica en

lo alto de un edificio. A la mañana siguiente los salmantinos se vieron sorprendidos por el espectáculo. Grupos numerosos al pie del edificio hacían acalorados comentarios del hecho. Sbarbi, en uno de sus característicos impulsos irreflexivos, se abalanzó a la fachada y trepó por ella, como un consumado escalador, hasta alcanzar la bandera que hizo trizas entre el griterío y asombro de los espectadores.

Las primeras noticias de la traición de los militares las recibió Sbarbi en el tren que lo llevaba a Valencia y de allí a Barcelona para embarcar hacia América. Carlos Sbarbi, al enterarse, rompió el pasaporte, se bajó en la primera estación y cogió el tren de regreso a Madrid. Ha luchado en la Sierra, en el frente de Navalperal, en el de Talavera... Ha sido herido dos veces. Sus hombres lo han visto combatir siempre en primera línea, entre el silbar de las balas enemigas. Me dicen que ha pedido el ingreso en Carabineros, de cuyo Cuerpo es ahora un digno capitán. Con él, antes de la incorporación del Batallón Cataluña al Ejército popular, lucharon otros ateneístas en los diversos frentes: Durán—hoy comisario político—, Lucena, Manrique, Raul...

Al salir de la "Cacharrería" nuevos nombres son evocados en la soledad de los pasillos. Pedro Moreno, que dejó a su mujer y a su chico para ir a luchar a su tierra, en el frente de Córdoba; Valseca, que intervino en la sublevación de Jaca, hoy teniente en el frente de Buitrago; los hermanos Carnero, Recatero, Merino, Corrochano, Torrents, Quero...

El silencio de la sala, herido solamente por el tic tac del reloj, pregona la presencia en los frentes de lucha e los que antes de julio distraían sus ratos de ocio en la "Cacharrería".

LA BIBLIOTECA

El eje de la casa. Al frente de ella el insustituible Bernardo G. Candamo. Al entrar nos sorprende la presencia de caras desconocidas. Son milicianos, camaradas que vuelven del frente con

permiso. El Ateneo se honra con poner a su disposición la Biblioteca para que se distraigan o estudien los que en las trincheras defienden el porvenir de España. Basta que acrediten su calidad de combatientes para que el Ateneo, sin más trámites, les abra sus puertas.

La Biblioteca, como contribución directa a la lucha, pone a disposición de los elementos del Estado Mayor, para su consulta, libros y revistas de carácter técnico militar. Al mismo tiempo sus libros circulan por los hospitales para hacer más agradable la estancia en ellos a los camaradas que cayeron heridos en el frente.

Penetramos en la sala de Santa Catalina y contemplamos por unos instantes el pupitre en donde solíamos trabajar. Ahora está vacío. Enfrente se sentaba Antonio Ramos Herrero. Ya no volverá a ocupar su sitio. Antonio Ramos era un individuo de gestos lentos, cabeza grande y hablar dificultoso. Se ganaba la vida dando clase. Marxista convencido, dedicaba casi todo su tiempo a laborar por la causa de los trabajadores. Durante el bienio radical-cedista en el Ateneo, entre Antonio Ramos, Carnero, Masferrer, Recatero y Garrán se confeccionaba *El Pueblo* y se imprimían en multicopista llamamientos y proclamas que después había que repartir clandestinamente. Desde los primeros momentos Antonio Ramos estuvo en su puesto de combate. Luchó como artillero, con la columna Mangada, en el frente de Navalperal, después estuvo en Toledo, por último en el frente de la Casa de Campo como capitán de un grupo antitanquista. En un ataque del enemigo fué a buscarle la muerte. Y lo encontró, en su puesto, de pie cara a un tanque fascista, el brazo virilmente extendido y una bomba en su mano airada. Tres balas de ametralladora inmovilizaron para

siempre este gesto último y heroico.

Un poco más allá se sentaba José García y García, doctor en Derecho, tipo de intelectual puro. Aquí se formó y aquí, sobre los libros, se hizo marxista. Hombre sencillo y silencioso desapareció en los primeros momentos de la guerra sin decir nada a nadie. Pasó el tiempo y ningún socio tenía noticia de él. Hace poco le encontramos, al perderlo para siempre, en el frente de la Ciudad Universitaria. Allí, a la cabeza de sus hombres, hizo ofrenda de una vida honrada y laboriosa al triunfo de la causa popular. Era Comisario político de un batallón.

En la sala central, de espaldas a las vidrieras, Tomás Vallejo solía dedicar unas horas al día a sus estudios. De esto hace ya ocho meses. Hasta hace poco Tomás Vallejo, miembro del partido comunista, luchaba en las trincheras contra el fascismo. Empezó como cabo en el Batallón Félix Bárcana y cejó en la lucha, como capitán, cuando una bala enemiga le dejó sin pulso en uno de los frentes madrileños.

También Berdejo, el hoy comandante en jefe de la Brigada Mixta, era asiduo concurrente a la biblioteca. Aragonés recio y sencillo, sintió la llamada popular y partió para el frente de Sigüenza. Con él, como capitán, está ahora Alienes, herido ya cuatro veces, que abandonó sus libros de Geografía y sus mapas para combatir al lado del pueblo contra el ejército invasor. Y tantos otros—Ponce, Aguado, Mena, Roda...—que harían la lista interminable.

Salimos a la calle pensando que cuando el triunfo de la causa popular sea un hecho, los pasillos, los salones y la biblioteca del Ateneo volverán a llenarse de vida. Y una nueva juventud intelectual española habrá encontrado "su casa".

JUAN JOSÉ MORENO

